**EL CÓDICE DE MARíA MAGDALENA**

**Capítulos 1 y 2**

**Jerusalén, octubre de 2013**

El Patriarca de Jerusalén, Jeremy Goldman, apareció muerto en la habitación privada de su residencia. Su asistente personal, Shaul Kowalski, lo descubrió a las ocho y media de la mañana en la cama, ligeramente frío y lívido, como si las sombras de la tarde anterior hubiesen teñido con su color el rostro del prelado.

Goldman estaba destapado, con la frente cubierta por un extraño sudor frío y con síntomas de haber vomitado: las sábanas manchadas lo evidenciaban. La mandíbula inferior parecía desencajada, y la nuca, la cara y las extremidades superiores habían empezado ya a adquirir el *rigor mortis*.

En la mesita de noche había una nota garabateada con lo que parecían las últimas palabras del Patriarca: «A veces pienso que soy un incomprendido rodeado de gente soberbia que institucionaliza la religión, pero eso, seguramente, dice mucho de mi propia soberbia».

Kowalski no entendía nada, aunque aquella nota podía ser a la vez una manifestación crítica y un signo de humildad. Pero ¿a quién se refería el prelado con aquellas palabras?, ¿a los que le rodeaban en el patriarcado?, ¿a Sus Eminencias de la Santa Sede?

A las once de la noche el Patriarca se había tomado una cápsula de Paracetamol con un vaso de leche tibia y, como si fuera un acta de últimas voluntades, le dijo a su asistente antes de acostarse: «No permitas que en Roma se oculte la verdad, pero si esto llega a suceder, prométeme que tú siempre la proclamarás allí donde sea necesario. Es fundamental que la verdad resplandezca siempre, porque la Iglesia de Jesús de Nazareth no puede soportar ya tanto ocultismo».

Aquella frase se quedó grabada en la mente del asistente del arzobispo como si se tratara de una inscripción lapidaria, y su recuerdo le estuvo atormentando durante gran parte de la noche, aunque Kowalski no supiera exactamente por qué Su Beatitud le había dicho aquello. Ahora, unida a esta última nota, la frase quedaba suspendida, desdibujada, torturando a Kowalski y a quienes conocían de cerca al Patriarca, como le ocurría a su médico personal, y amigo desde hacía más de treinta años, Yosef Dayan.

El doctor no entendía el porqué de la muerte del prelado, cuando tomaba diariamente Telmisartán para la hipertensión arterial, y esto añadía posibles beneficios metabólicos, además de intervenir directamente en la reducción de derrames cerebrales, infartos de miocardio e insuficiencia cardíaca. A pesar de todo ello, el doctor tenía muy claro el motivo del fallecimiento: Un fallo cardíaco.

La salud del prelado no era mala, aunque además de Telmisartán, que le recetaba Dayan, tomaba Paracetamol para las cefaleas que sufría. Pero nada más; y una incógnita inexplicable empezó a atravesar la mente del galeno.

Todo era una insólita quimera: El espejismo de un eco que se diluía en el aire como si fuese una entidad espiritual; porque la muerte del Patriarca había dejado helados a todos los que tenían algún tipo de relación con el patriarcado, y ese era, simplemente, el frío que se sentía.

Tras el terrible descubrimiento, Yosef Dayan, firmó incrédulo el acta de defunción, indicando que la muerte habría tenido lugar posiblemente entre las dos y las tres de la madrugada, aunque no estaba muy seguro de ello.

Junto a él, se encontraba en aquellos momentos el obispo auxiliar, monseñor Samuel Ben Shalar, que no podía estar más desolado.

—Creo que deberíamos practicarle la autopsia al prelado —dijo el doctor, que era sobradamente conocido por todo el personal del patriarcado—. Hay algunos puntos que no me cuadran mucho en este caso.

—Practicarle la autopsia a Su Beatitud es poco aconsejable —dijo Ben Shalar horrorizado—. No está bien visto en el Vaticano, y menos llevarla a cabo con un alto cargo eclesiástico, doctor.

Una autopsia significaba que podía existir alguna duda sobre la muerte natural de alguien, y eso llevaba a pensar en algo turbio. Sus Eminencias preferían mantener la duda a que se pudiera airear algo desagradable. Eso pensó al instante Ben Shalar; pero, al mismo tiempo, tenían que conocer la verdad, y añadió:

—Pero si usted considera que alguna cosa extraña ha podido suceder, puede llevarla a cabo. Eso sí, le agradecería total discreción. Sólo usted y yo podemos saber que se le ha practicado la autopsia.

—Descuide, Monseñor. No debe tener ninguna duda al respecto.

El prestigio de Yosef Dayan estaba fuera de toda duda. Era conocido en toda la ciudad. Todo el gremio médico sabía de su profesionalidad y sus buenas maneras; y eran muchos los jóvenes galenos que a menudo consultaban algo con el afamado doctor, que siempre tenía la respuesta precisa y el informe apropiado, por encima, incluso, de las necesidades o de las solicitudes que sus pacientes pudieran formularle.

Durante las horas siguientes, la actividad en el patriarcado, que habitualmente era sosegada, se volvió frenética. El rumor de la muerte del Patriarca había desencadenado una serie de comentarios desiguales, que habían corrido como la pólvora de una forma delirante. Todos se hacían cruces. ¿Cómo podía ser que aquello hubiese ocurrido de esa forma tan inesperada? El prelado estaba bien el día anterior. Tenía una salud extraordinaria. La apariencia, al menos, era ésa. Había saludado a todos de la misma manera jovial con la que siempre trataba a aquellos con los que se cruzaba en algún pasillo o en la escalera, que siempre subía y bajaba a pie. Tenía buen color de cara; y nada hacía presagiar un desenlace así de rápido.

Goldman había dejado huérfanos a todos los miembros del patriarcado, al menos así lo sentía una gran mayoría, y lo sentía con tristeza, con la tristeza que se siente por un familiar querido que nos deja.

El doctor llevó a cabo inmediatamente la autopsia, y la sorpresa fue mayúscula cuando al llevar a analizar una muestra de tejido descubrió una sustancia insólita: Aconitina.

Eso era precisamente lo que había provocado la muerte del prelado. No había ninguna duda.

El doctor fue a ver enseguida a Samuel Ben Shalar para comentarle lo sucedido, pero no se anduvo con rodeos, ni con explicaciones pormenorizadas. Fue directamente al grano, y procuró ser lo más escueto y preciso posible. Se trataba de que el obispo supiera con claridad lo que había ocurrido, y para ello no era necesario andarse con remilgos.

—He descubierto una sustancia inexplicable en el organismo del Patriarca al llevar a cabo la autopsia: Aconitina. Eso ha sido sin duda lo que le ha causado la muerte —y el doctor añadió—: El prelado ha sido envenenado.

—¿Aconitina? —El rostro del obispo auxiliar expresó una sorpresa evidente, y desagradable.

—Sí. No sé si conoce esa sustancia.

—No. No sé de qué se trata —dijo Ben Shalar, desconcertado—. Admito mi ignorancia en la materia.

—La Aconitina es un alcaloide. Un veneno rápido, de efecto fulminante, que no produce ningún dolor. Una pequeña cápsula de dos miligramos provoca un fallo cardíaco y causa la muerte instantáneamente. Eso es lo que le ha sucedido al prelado, sin ninguna duda. Alguien le ha administrado una cápsula, o se la ha dejado junto a los medicamentos que tomaba. Incluso es posible que la cápsula ingerida por el Patriarca tuviera una cantidad mayor de alcaloide.

Monseñor Ben Shalar puso una cara de asombro indescriptible. «El Patriarca era un santo, ¿quién podría querer atentar contra él?», pensó, y a continuación comentó:

—Su Beatitud sufría con frecuencia cefaleas, y tomaba unas cápsulas de Paracetamol.

El doctor no había caído en la cuenta en primera instancia, pero el prelado podría haber tomado alguna cápsula del alcaloide por la noche creyendo que era un analgésico. Pero tampoco entendía por qué sufría frecuentes dolores de cabeza, cuando el Telmisartán, además de los posibles beneficios metabólicos que proporcionaba, también podía tener efectos analgésicos y eliminar las cefaleas. Estaba claro que la naturaleza humana era incomprensible, y que cada persona tenía un metabolismo diferente y una forma distinta de sintetizar aquellos elementos químicos que componían cada medicamento.

—En efecto, sé que tomaba Paracetamol. Yo mismo se lo recetaba. No toleraba muy bien las pastillas y por eso lo tomaba en cápsulas. Alguien le ha cambiado alguna cápsula, o la ha manipulado, con toda seguridad, pero ¿quién? —y el doctor añadió—: Tenemos que dar cuenta de esto inmediatamente a la policía; y tenemos que analizar también el resto de cápsulas de la caja. Es posible que alguna cápsula más tuviera Aconitina, así sabríamos también los miligramos que tenía cada dosis.

La respuesta de Ben Shalar fue inmediata, y seca. Sin premeditar su respuesta, dijo:

—No podemos hacer eso. La policía no puede enterarse. Sé que la situación es muy grave, pero ya le comenté a usted la opinión que tiene el Vaticano. Si se enteran de que se le ha practicado la autopsia a Su Beatitud, no sé cuál puede ser su reacción, pero si además saben que la policía está investigando la muerte del Patriarca porque ha sido envenenado, aún sería peor. Con esa actuación, podríamos provocar incluso un conflicto diplomático entre la Santa Sede y el estado de Israel. No podemos decir nada. Usted me lo prometió.

El doctor se quedó mirando al obispo auxiliar con una cara extraña, una cara de duda, ¿quizá de sospecha?, pero enseguida recapacitó. Él había sido el que le había dado permiso para llevar a cabo la autopsia, y él era en estos momentos el que ocupaba provisionalmente el puesto dejado por el Patriarca. Podía haberse negado a que se le practicara la autopsia, le había dado unas razones poderosas, y sin embargo no lo hizo. ¿Qué pasaba? Y el doctor contestó:

―Sí, ya lo sé, pero las circunstancias que ahora se dan, ofrecen una alternativa diferente. La policía tiene que abrir una investigación y esclarecer los hechos. No podemos quedarnos de brazos cruzados, y no podemos dejar de lado una situación como ésta: Una situación realmente grave.

—Esto es un asusto muy delicado. No debemos… ¿Qué puede pensar la opinión pública? No podemos dar pie al descrédito. Su Beatitud era un hombre de bien, y un hombre de gustos sencillos que lo que más amaba en el poco tiempo libre que tenía era encerrarse en su despacho y consultar textos griegos y hebreos antiguos relacionados con la historia de la Iglesia. Usted sabe que era un estudioso del tema.

—De acuerdo, pero insisto, lo que ha sucedido es algo muy grave. El Patriarca ha sido envenenado por alguien. Eso no puede quedar impune. Hay que descubrir quién ha sido. Usted y yo no contamos con los medios necesarios, ni tenemos la preparación adecuada para llevar a cabo una investigación así. Sólo la policía tiene los recursos precisos para solucionar esto, y es a ellos a quienes debemos recurrir.

Ben Shalar intentó interiorizar las palabras del doctor, pero intentó también recapacitar sobre cuál sería la decisión más adecuada que debía tomar. Nadie podía en esos momentos tomar por él ninguna medida. Él debía responder de todas las gestiones que se llevaran a cabo en el patriarcado, por graves o complicadas que fueran.

El obispo no sabía qué contestar, pero había algo aún peor: No sabía qué hacer. El doctor tenía razón, pero investigar las circunstancias extrañas de la muerte del prelado, y pensar que podía haber sido envenenado, como a todas luces se evidenciaba, era algo que se escapaba a su lógica y a su entendimiento. La duda, que raramente se instalaba en su semblante, se había apoderado de él; pero estaba claro que en situaciones extremas había que tomar decisiones arriesgadas.

—Podemos hacer una cosa, monseñor. Hablamos con el jefe de la policía, le exponemos el caso, y le solicitamos reserva absoluta. No tiene por qué trascender esto a la opinión pública, y no tiene por qué enterarse nadie más. Supongo que la discreción, en un caso como éste, es algo habitual para todos los miembros de la policía, y supongo también que deben de estar acostumbrados a que la prudencia no sea una opción sino una exigencia.

Todo se complicaba por momentos, es más, parecía enmarañarse. Monseñor Ben Shalar estaba en una encrucijada, pero no podía hacer mucho. Seguía pensando lo mismo: El doctor tenía razón. Había que avisar a la policía y que el caso se llevara a cabo con el debido hermetismo. No se podía poner en tela de juicio al patriarcado de Jerusalén, uno de los cinco patriarcados latinos del mundo, y el que, posiblemente, contara con mayor prestigio por estar ubicado en la tierra de Jesús.

El Patriarca era un hombre metódico y de gustos sencillos, pero además era un tanto estoico, y austero. No empezaba una caja de cápsulas, o de pastillas, hasta que no se había terminado la anterior. Éste era un dato que lo identificaba, como el orden en todo aquello que manejaba, o la ausencia de cosas superfluas e innecesarias.

El obispo auxiliar y el doctor Dayan fueron hasta el pequeño botiquín que el prelado tenía en el cuarto de baño, junto a su habitación, y comprobaron que había sólo una caja de Telmisartán y dos de Paracetamol, una llena y otra con algunas cápsulas, además de Betadine, agua oxigenada, alcohol, gasas, esparadrapo y algodón. Nada más. La sencillez del arzobispo se reflejaba también en la austeridad de su botiquín.

Le preguntaron a Shaul Kowalski si era él el que le administraba la medicación al prelado. La respuesta fue negativa. El propio Patriarca tomaba una pastilla de Telmisartán por las mañanas, antes de desayunar.

Shaul Kowalski también aclaró que últimamente el prelado tenía frecuentes dolores de cabeza, que le hacían que tuviera que tomar aquellas cápsulas analgésicas con una frecuencia casi diaria. Incluso había algunos días que tenía que tomar más de una cápsula de 500 miligramos.

El doctor le comentó al obispo auxiliar que sería conveniente llevarse aquellas cajas de medicamentos para analizarlas, sobre todo las de Paracetamol, más manipulables al ser cápsulas.

No hubo ningún problema. El obispo asintió.

De las dos cajas del analgésico, una estaba intacta, pero en la otra aún quedaban cuatro cápsulas. El doctor fue directo a ellas.

El análisis no pudo ser más elocuente. Tres de las cápsulas no contenían ninguna sustancia extraña, pero la cuarta tenía, junto a los componentes químicos básicos, cuatro miligramos de Aconitina, cantidad suficiente para acabar con la vida de cualquier persona.

«¿Por qué —pensó el doctor— poner Aconitina en dos cápsulas si con una era suficiente para eliminar a cualquiera?» Algo extraño, sin lugar a dudas, envolvía a todo aquel asunto.

Estaba claro. Con toda probabilidad, quien hubiera sido, había manipulado la caja y le había dejado al prelado dos cápsulas con el alcaloide. La primera cápsula que el Patriarca de Jerusalén había tomado, había sido más que suficiente. Quien hubiese querido acabar con la vida de Jeremy Goldman, había puesto todos los medios necesarios para llevar a cabo su acción de una forma rápida y fulminante, y sin tener que levantar sospecha alguna; pero no había tenido en cuenta el hecho de que el Patriarca tomara también Telmisartán, y este compuesto redujera los infartos y la insuficiencia cardíaca. Si el prelado había fallecido por un fallo cardíaco, algo extraño había que pensar, y no hacía falta ser demasiado avispado para que cualquier médico sospechara.

Dos días después se celebraron las exequias del Patriarca con todo el protocolo que se requería, y el obispo auxiliar, Samuel Ben Shalar, tomó el relevo hasta que el Vaticano designara a un nuevo Patriarca Latino para Jerusalén, o lo consagraran a él para asumir el cargo con la dignidad requerida.

En el Vaticano, que nada sabían respecto a las causas reales de la muerte del prelado, y habían dado por bueno lo indicado en el acta de defunción firmada por el doctor, que especificaba que la muerte se había producido por un fallo cardíaco, aquello lo habían asumido con la tranquilidad propia con la que los ministros de Dios aceptan los designios del Juez Supremo: Unas oraciones entre el silencio más respetuoso, una misa solemne de despedida, y la vida continuó para todos de acuerdo con el orden establecido por las jerarquías.

Pero ¿realmente era así? ¿Sabían en el Vaticano algo más sobre las causas reales de la muerte del Patriarca?

**Ciudad del Vaticano, noviembre de 2013**

El cardenal Luigi Paolini había hecho llamar a su despacho a un joven sacerdote que se había incorporado a la Biblioteca Apostólica Vaticana tres meses atrás.

Alessandro Pirozzi abrió con prudencia y respeto la puerta del despacho de Paolini.

―¿Me ha llamado, Eminencia?

―Pasa, pasa, Alessandro ―dijo el cardenal con dulzura―, y cierra la puerta, por favor.

Su Eminencia conocía a Alessandro desde que había nacido. Era el hijo de una prima hermana suya, por la que el cardenal sentía desde joven una simpatía y un cariño especiales. Las malas lenguas decían que, más que simpatía y cariño, sentía atracción, pero aquella atracción no se podía formalizar, no se podía convertir en una relación estable. Estaban por medio los valores familiares, y su familia se había caracterizado desde hacía mucho tiempo por exaltar los valores cristianos, siendo ejemplo todos sus miembros de rectitud y disciplina, y aquello fue lo que propició la entrada en el seminario de Luigi Paolini, y el afecto, desde que nació, por aquel niño llamado Alessandro; pero el cardenal, más que sentir que se trataba del hijo de su prima, lo consideraba como un hijo propio, como un hijo espiritual, en el que se iba a volcar, ya que un hijo biológico jamás podría tener, aunque, aquel hijo que había tenido su prima ¿era, en realidad, fruto del amor de su marido?

Cuando el joven Alessandro tenía quince años, la rebeldía propia de la juventud hizo que, en contra de lo que pudiera parecer, se despertara en él una sensibilidad altruista y una espiritualidad extraña; y Paolini, que en aquellas fechas ya había sido consagrado como obispo, influyó para que entrara en el seminario. Siguió con atención la evolución de sus estudios de teología, y siempre estuvo a su lado para aconsejarle en todo aquello que consideraba que sería lo más adecuado para el futuro del joven y para la prometedora carrera eclesiástica que había iniciado. También contribuyó para que empezara a mostrar un cariño especial por los libros y por la historia de la Iglesia, y cuando fue ordenado sacerdote medió para que entrara de ayudante del párroco de la iglesia de *Santa Maria in Cosmedin.*

El silencio en el despacho del cardenal Paolini era solemne, místico, casi espiritual. Muebles de más de cuatro siglos en perfecto estado, junto con una biblioteca de caoba maciza, que albergaba volúmenes antiguos y algún incunable, vestían los casi treinta metros cuadrados de aquel despacho con aires renacentistas que aparentaba austeridad. Varios cuadros con escenas bíblicas sobresalían en unas paredes dominándolo todo. El claroscuro de Caravaggio, Tintoretto y Rembrandt se fundía con el tenebrismo de Francisco Ribalta, Zurbarán y José de Ribera en una amalgama en la que el Renacimiento agasajaba a la pintura española de finales del siglo XVI y principios del XVII, dando la bienvenida al Barroco. Incluso el aroma que perfumaba el ambiente de aquella estancia era distinto, mezcla tal vez de incienso y sándalo, aunque podría tratarse de un aroma diferente, pero podría decirse, sin temor a equivocarse demasiado, que allí olía a santidad.

Luigi Paolini contó siempre con la bendición de Su Santidad Benedicto XVI, desde que éste accedió a la silla del pescador de Galilea. Ahora intentaba ganarse también las simpatías del papa Francisco. Era un estudioso empedernido de la historia de la Iglesia, y su erudición había traspasado los muros de aquel diminuto estado que ocupaba el corazón de Roma y que en siglos pasados tanto había influido en los destinos de Europa y de Occidente, aunque ahora su poder estaba seriamente debilitado y Su Santidad intentaba promocionar en sus frecuentes viajes, como habían hecho los papas anteriores, las bondades de aquella religión que había nacido de una manera democrática y se había convertido con el paso del tiempo ―aunque eso nadie lo reconocía― en una dictadura hermética.

Todos los que en un pasado aplaudían con fervor al pontífice y a los príncipes de la Iglesia obtenían su bendición, pero los que no comulgaban con sus formas, con sus maneras de llevar a cabo la labor pastoral y con sus dogmas, eran denostados al más puro estilo de la Inquisición. Para los que no pensaban de la misma manera que los vicarios de Cristo, sólo podía existir una meta: la condena, o, en el mejor de los casos, la excomunión, y todos los que querían escarbar en la historia de una tradición, que arrastraba ya sobre sus espaldas demasiados años de ocultismo, para descubrir la verdad, estaban expuestos al castigo más ejemplar.

Pero los tiempos habían cambiado. El cristianismo ya no era aquella religión con un poder extremo. La ignorancia de la población europea había desaparecido hacía mucho tiempo, afortunadamente. Ahora ya no se podían argumentar rancios principios para amedrentar al pueblo, imponerle penitencias desmedidas, entre las que se contaban las dádivas generosas que los feligreses tenían que ofrecer para aligerar el peso de su alma, y atemorizarles con las penas del infierno. Ahora la gente ya no creía en todas esas patrañas. Si el cristianismo quería subsistir tenía que retomar los principios iniciales y ser una religión que se preocupara por la pobreza, por los problemas que más asolaban a la humanidad y, sobre todo, por los más deprimidos y los más marginados; y eso lo sabía Su Santidad, que había adoptado desde su llegada a la cumbre vaticana, un talante diferente al de sus predecesores. Un talante en el que ya no contaba la imposición sino la tolerancia; en el que la amenaza había dado paso a la comprensión y la intimidación al respeto. Un talante que se acercaba más a las palabras y a los gestos de Jesús de Nazareth, que a todos esos rocambolescos discursos con los que en las homilías sermoneaban los curas a los fieles para evitar que abandonaran el redil seguro de la Iglesia.

Sí, Francisco, el último papa parecía que quería cambiar el rumbo de una historia demasiado oscura, para acercar la luz de la verdad a todas esas miradas ávidas que, lejos de pensar sólo en la fe de una tradición arcaica, buscaban con esperanza el camino de una equitativa distribución de recursos y medios económicos, para que todos los países deprimidos salieran de la pobreza extrema y pudieran disponer de un nivel de vida comparable al de los países más desarrollados, haciendo que sus gentes disfrutaran de una cultura y un bienestar reservados sólo a aquellos que estaban tocados por la varita mágica de la fortuna. Pero aún había muchos prelados con ideas a la antigua usanza, y aquí era donde el nuevo pontífice tenía que desarrollar su labor más ardua, para encaminar sus conciencias por el sendero inevitable de la justicia social. A su alrededor, precisamente, era donde estaban todos aquellos de los que debía prescindir, y no en Asia, en África o en América Latina, de donde procedían los cardenales que más apostaban por una Iglesia renovada, que velase, fundamentalmente, por todos aquellos desheredados de la fortuna.

Entre todo aquel maremágnum de ideas opuestas y sentimientos diferentes, ¿dónde se encontraba Su Eminencia el cardenal Luigi Paolini?

Paolini ocupaba una posición privilegiada. Él no tenía que unirse al grupo de cardenales más conservadores, esos que no querían cambiar nada, para que todo siguiera como hasta entonces, ni apostar tampoco por los afectos de todos aquellos que venían de más allá del Atlántico, o de África, con esos aires altivos, cargados de razones y de suspicacias hacia Occidente. Su posición era neutral. No tenía que exteriorizar nada que le hiciese congraciarse con unos o denostar a otros. Él estaba encerrado allí, en la Biblioteca Apostólica Vaticana, desde donde observaba cómo transcurría todo sin que a él le salpicase nada. Una posición realmente privilegiada, pues podía darle la razón a unos y a otros, para mantener sus privilegios y su estatus.

Las etapas Pre-Laterana y Laterana no ofrecían para el cardenal Paolini demasiadas dificultades. La primera de ellas, que comprendía los inicios de la biblioteca, correspondía a la primera etapa de la historia de la Iglesia, antes de que se instalase en el Palacio de Letrán, y tiene pocos libros. La segunda se inició cuando los libros y manuscritos se empezaron a guardar en el Palacio de Letrán, y se prolongó hasta el final del siglo XIII, durante el papado de Bonifacio VIII.

Durante la etapa de Aviñón tuvo lugar un importante crecimiento de las colecciones de libros y archivos de los papas que residieron en Aviñón, cuando volvió a Roma la sede papal.

Entre los años 1370 y 1447 (época Pre-Vaticana) la biblioteca se dispersó, quedando una parte en Roma, otra en Aviñón y otra repartida entre los diferentes lugares en los que el cristianismo había tenido algún tipo de asentamiento.

La etapa actual, denominada Vaticana, se inició en 1448, cuando la biblioteca se instaló en el Vaticano. Fue el papa Nicolás V quien reunió en ese año unos trescientos cincuenta códices griegos, latinos y hebreos, que había heredado de sus antecesores, a los que añadió sus propias adquisiciones, entre las que había algunos manuscritos de la biblioteca imperial de Constantinopla. La fundación tuvo lugar cuando el papa Sixto IV le asignó un presupuesto y nombró bibliotecario a Bartolomeo Platina, que elaboró el primer catálogo en 1481. La biblioteca tenía entonces tres mil quinientos manuscritos, y era la mayor del mundo occidental.

El actual edificio fue encargado por el papa Sixto V en 1587 al arquitecto Domenico Fontana, y de la biblioteca se segregó a principios del siglo XVII el Archivo Secreto Vaticano. A partir del siglo XVIII la biblioteca fue enriqueciéndose con nuevas adquisiciones, y surgió el primer proyecto para publicar un catálogo completo de los manuscritos de la biblioteca, pero sólo se publicaron tres de los veinte volúmenes que inicialmente se habían proyectado.

En la actualidad, la biblioteca posee un millón seiscientos mil libros antiguos y modernos, de los que ocho mil trescientos son incunables, y más de ciento cincuenta mil manuscritos, teniendo la biblioteca también numerosos documentos impresos, fragmentos, monedas, medallas y más de veinte mil objetos de arte. Todo este fabuloso legado era lo que gestionaba Su Eminencia Luigi Paolini desde hacía varios años.

El Archivo Secreto Vaticano, que fue segregado de la biblioteca a principios del siglo XVII, contiene unos ciento cincuenta mil volúmenes, y esta parte de la biblioteca era la que más apreciaba el cardenal. Varios de los más valiosos incunables, así como algunos manuscritos hebreos y griegos, adornaban la biblioteca de su despacho privado, éste en el que ahora se encontraba con el joven sacerdote Alessandro Pirozzi.

*Santa Maria in Cosmedin* le había causado siempre una seducción especial al joven Alessandro, y no sabía exactamente por qué; pero aquel campanario, el más alto de los de la Edad Media en Roma, le recordaba de lejos a la Torre Inclinada de Pisa, uno de sus monumentos favoritos; y el haber sido construida la basílica en el siglo VI, sobre los restos de un templo dedicado a Hércules (su preferido entre todos los héroes romanos), en el Foro *Boario* de las *Statio annonae* (uno de los centros de distribución de comida a los necesitados en la antigua Roma), le despertaba su compasión y su solidaridad.

Un diaconado era también un lugar donde se distribuían alimentos a los pobres, y dicha institución se había construido cerca de la *annona* romana. La iglesia estaba también situada en la *Piazza della Bocca della Verità,* y eso era otro dato importante para él, ya que aquella plaza, y la leyenda que existía en torno a la famosa máscara de mármol, le había producido siempre un hechizo especial. Por todo ello, aquella basílica era una de las preferidas del joven sacerdote, y el cardenal influyó para que Alessandro se incorporara enseguida a ella. Pero lo cierto es que al poco tiempo se cansó de su cargo. Aquello no era lo que él esperaba. Él no estaba hecho para celebrar varias misas a la semana, oír en el confesonario los chismes que le contaban las beatas, y tener que poner cada día buena cara a las pocas abuelas que iban a misa. Le llenaba mucho más el estudio y la investigación de los textos antiguos, los pergaminos y los incunables, y Su Eminencia volvió a intervenir para que se trasladara al joven Alessandro a la Biblioteca Apostólica Vaticana. Allí estaría más cerca de él, podría verlo todos los días, podría seguir su trayectoria, y podría influir, como había hecho hasta entonces, para que su amor por los libros y por la historia siguiera creciendo.

Alessandro también soñaba con viajar. Jerusalén era una de las ciudades que más admiraba. Una meta con la que fantaseaba a menudo, y esa meta, que él veía como algo muy lejano, muy pronto se iba a materializar.

―Siéntate Alessandro ―dijo el cardenal―. Te he llamado porque quiero proponerte una misión muy importante en Jerusalén, y te he elegido a ti, porque además de dominar el latín, conocer perfectamente el hebreo y el griego antiguos y ser un experto informático, me constan tu abnegación, tu prudencia y tu diplomacia, algo totalmente indispensable en nuestro cometido.

Alessandro Pirozzi no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Para él era casi una utopía el poder viajar a la tierra del Señor, y el cardenal le estaba proponiendo ir allí para una importante misión. Sus oraciones no habían caído en saco roto.

―Verás. El Patriarca de Jerusalén, Jeremy Goldman, ha fallecido hace veinte días. Creo que estás al corriente de ello ―el sacerdote hizo un gesto afirmativo con la cabeza―. En su lugar, el obispo auxiliar, Samuel Ben Shalar, se ocupa provisionalmente de las tareas propias del patriarcado, pero no tenemos intención de nombrar un nuevo patriarca en breve. No corre ninguna prisa, y antes tenemos que aclarar algunos puntos sobre la labor… ―Paolini intentó buscar las palabras más diplomáticas―, sobre la labor, digamos desigual, de Goldman, una labor que en algunas materias se nos antoja un poco turbia. Como puedes imaginar, ésta es una tarea que debe ser totalmente confidencial. Nadie puede enterarse de tu trabajo en Jerusalén. Cualquier descubrimiento que puedas hacer deberás comunicármelo sólo a mí, a nadie más. Desde el principio quiero dejarte las cosas claras, y apelo a tu sensatez y a tu prudencia. No es muy complicado ¿verdad?

―Es usted muy amable, y le agradezco que cuente siempre conmigo de la forma que lo hace. Actuaré con total entrega y reserva. Puede estar seguro de ello, Eminencia.

―Muy bien. No dudo en absoluto de tu celo, y te repito que sólo a mí tienes que confiar cualquier hallazgo que puedas percibir en tu labor.

―¿Puede anticiparme algo del cometido que voy a tener que llevar a cabo?

―Es muy sencillo, Alessandro, pero tienes que actuar con total cautela, porque no sabemos con certeza si vamos a poder contar con la ayuda de aquellas personas que estaban más cerca del Patriarca. No sabemos si el obispo auxiliar, o su asistente personal, Shaul Kowalski, estaban al tanto de la labor del prelado Jeremy Goldman, pero creemos que el arzobispo ―Paolini se acercó a Pirozzi y bajó la voz, como si fuera a revelarle el más importante secreto―, creemos que Goldman, que Dios lo tenga en su gloria ―el cardenal se santiguó en ese momento―, había adquirido un importante documento, un códice del siglo primero, escrito en hebreo, que estaba traduciendo, y cuyo texto había mantenido en secreto, a pesar de tener nosotros conocimiento de su existencia a través de una factura que viene reflejada en la contabilidad del patriarcado, autorizada directamente por el Patriarca, por la compra de un manuscrito que no se especifica a quién se le puede atribuir, pero que sabemos que se trata de ese códice hebreo.

Alessandro estaba sorprendido. Aquello parecía el misterio de una novela policiaca; y él iba a ser protagonista de aquella aventura en Jerusalén.

Paolini continuó.

—Voy a ser más claro aún, para que lo entiendas. Una persona de nuestra entera confianza, rastreó antes de su fallecimiento el ordenador del Patriarca, y comprobó cómo Goldman tenía ya avanzada la traducción del códice, que conserva escaneado en su ordenador, y pudo averiguar la importancia que ese códice puede tener para la Iglesia. Un códice hebreo que se puede atribuir con toda claridad a una persona muy allegada al propio Mesías.

Alessandro estaba atento a todos los pormenores que le explicaba el cardenal, y éste siguió con su relato.

—No hace mucho que hablé con él telefónicamente, le insinué algo del códice, pero él eludió responder directamente, como si no supiera nada, como si no existiera tal códice, o tales pergaminos. Ésa va a ser tu labor en Jerusalén, descubrir el códice, hacerte con él y con la traducción que pudiera tener ya del mismo, incluso completarla del todo para saber a qué nos enfrentamos, y volver aquí para que tan valioso documento sea custodiado en el Archivo Secreto Vaticano. Es muy posible que el futuro de la Iglesia dependa de ese códice, y no es conveniente que nadie conozca su existencia. Puedes imaginarte por qué te he comentado lo de la confidencialidad ¿verdad?

―Sí, Eminencia. Puede estar seguro de que seré discreto como una tumba, actuaré en todo momento con total reserva y haré todo lo posible para que el códice venga aquí intacto y pueda ser custodiado en el Archivo Secreto; pero ¿qué voy a decir cuando llegue a Jerusalén?; ¿qué van a pensar de mí los miembros del patriarcado?; y ¿qué les diré de mi misión allí?

―No te preocupes, yo allanaré el camino. Hablaré con el obispo auxiliar y le diré que vamos a enviar a un sacerdote, experto en informática y conocedor del griego y del hebreo, para que ordene la documentación del Patriarca relativa a los textos antiguos en los que trabajaba, algo que, por otra parte, no va a ser incierto. Sabrán que tú formas parte de la Biblioteca Apostólica Vaticana, y no despertarás ninguna sospecha. Pero, insisto, tienes que actuar con total prudencia y diplomacia. Sé discreto, y que en ningún momento pueda nadie sospechar de tus buenos propósitos. El obispo auxiliar y su asistente eran las personas más allegadas al Patriarca, las que posiblemente contaran con su reserva. Gánate su confianza, sé audaz, mantenme informado de todos tus descubrimientos y cuando esté en tus manos el códice actúa con total cautela y tacto para poder traerlo a Roma. Aquí es donde debe quedar a buen recaudo. En ningún otro lugar estará mejor, y hay que pensar que la manipulación de cualquier texto, en todo momento puede producirse.

―Gracias por confiar en mí. No le defraudaré Eminencia.

―Una última pregunta, y espero que recapacites antes de contestarme, y que lo hagas con total sinceridad: ¿Qué es para ti más importante, ocultar la verdad, o que, por proclamarla abiertamente, la Iglesia de Cristo pueda llegar a atravesar un destino incierto?

El sacerdote se quedó sin palabras, y estuvo pensativo durante más de un minuto. La reflexión se hacía necesaria. Finalmente, contestó:

―Perdone, Eminencia, pero no sabría con exactitud responder a su pregunta, y tampoco sé, disculpe mi ignorancia, por qué me la formula.

―No te preocupes, hijo. No contestes ahora, pero madura tu respuesta, es muy importante. Quizá cuando estés en Jerusalén encuentres la solución y sepas por qué te hago esta pregunta.